

El pronunciamiento del general Félix Díaz el 16 de octubre de 1912, puede considerarse por las razones expresadas en artículos anteriores, como una de las consecuencias de los Tratados de Ciudad Juárez y como el antecedente inmediato del cuartelazo de febrero de 1913.

El referido 16 de octubre la ciudad de Veracruz amaneció en poder de elementos felixistas por haber desconocido las fuerzas de la guarnición al gobierno de don Francisco I. Madero, proclamando al brigadier Félix Díaz. En las inmediaciones de la comandancia militar, numerosas personas pertenecientes a todas las capas sociales comentaban el caso de distintas maneras, no faltando quienes juzgaran que aquel hecho, aparentemente insólito, podía traer para el país una reacción militarista, como en efecto sucedió, pudiendo considerarse el pronunciamiento de Veracruz, como hemos expresado, la primera etapa del cuartelazo de febrero de 1913 en esta Capital dado por Victoriano Huerta y el mismo Félix Díaz.

Algún periodista escribió en aquella época, infundadamente, que gran parte del pueblo veracruzano abrigaba ideas felixistas, juzgando tal vez por la actitud de personas que habían servido al gobierno de don Teodoro A. Dehesa, y los amigos de los parientes políticos de Félix Díaz, de origen veracruzano; pues fuera de esos grupos de personas en verdad insignificantes a los que se encontraban agregados los españoles del comercio, la inmensa mayoría de los habitantes de Veracruz, sustentaba y sustenta por tempe-

ramiento ideas revolucionarias. El pueblo veracruzano no podía ser partidario de Félix Díaz tanto por esa circunstancia como porque en él influía el recuerdo de los fusilamientos del 25 de junio de 1879 ordenados por el Presidente Porfirio Díaz por medio del telegrama al gobernador Mier y Terán: "Mátalos en caliente".

Haciéndose eco del verdadero sentir del pueblo, un grupo de hombres, en su mayoría jóvenes, tomó la decisión de vengar aquel agravio que se le infería con fines restaurativos a la Revolución. Al efecto, acordó lanzar un manifiesto que se imprimió en las condiciones más difíciles, pues desde luego se tropezaba con la dificultad de falta de imprenta, ya que los propietarios de periódicos y de talleres tipográficos, unos por temor y otros por abrigar ideas antirrevolucionarias, no accederían a publicar dicho manifiesto, y lo que podría conseguirse era que se denunciara el caso en el cuartel general de Félix Díaz y se echara a perder el plan de condenar públicamente, para que el pueblo reaccionara vigorosamente, el cuartelazo felixista y se dispusiera en dado caso a la lucha armada. Se recurrió para ello a una pequeña imprenta cuyo propietario era simpatizador de las ideas revolucionarias.

El manifiesto causó desconcierto entre los felixistas que respaldaban la impunidad de sus vociferaciones contra el gobierno de Madero, con la fuerza infidente que se había apoderado de la ciudad. Por más que Guillermo Castillo Tapia después ingresó a la Revolución (Constitucionalista) se esforzaba por atraer adeptos por medio de una hoja impresa a guisa de periódico con el título de "El Presente", y desde los balcones de la comandancia militar pronunciaba discursos violentos contra el gobierno, claramente se veía que sus esfuerzos eran perdidos, ya que las personas que acudían a escucharlo más lo hacían por curiosidad que por otra cosa, y si hubiera habido elementos organizados armados habrían acabado en esos instantes con aquella comedia.

Fracasado el cuartelazo felixista e indultado por el Presidente Madero, Félix Díaz a quien un consejo de guerra había sentenciado a la pena de muerte, el elemento porfirista siguió cons-

pirando hasta llevar a cabo el cuartelazo de febrero de 1913 en México, encabezado por Victoriano Huerta y el mismo Félix Díaz quien así pagaba la magnanimidad del gobierno.

El licenciado Francisco L. de la Barra quien a virtud de los Tratados de Ciudad Juárez asumió la Presidencia provisional, como buen porfirista había provocado con su política antirrevolucionaria la rebelión agraria de Zapata por una parte, y por la otra abonó el terreno para el cuartelazo de Victoriano Huerta quien pretendió, encarnando la reacción porfirista y clerical, reimplantar en toda su latitud el sistema contra el cual se había alzado el pueblo.

La dictadura porfirista es responsable ante la historia de atentados y crímenes que no pueden ser justificados con el alegato de haber mantenido al país en paz por largos años. Los hechos históricos anteriormente inmediatos al régimen porfirista, desmienten las aseveraciones en favor de éste como creador de la paz. La paz fué creada por la Reforma que, con todas las deficiencias que se le quieran atribuir, pudo poner sus cimientos privando legalmente al clero del gran poder económico que poseía en bienes terrenos usurpándolos a la Nación. Lo que hizo el porfirismo fué desvirtuar esa paz que pudo haber sido orgánica para auspiciar el positivo progreso nacional. La convirtió en un mecanismo apropiado para erigir en el país privilegios extranjeros, sosteniéndose aquel régimen por medio de la fuerza y la corrupción durante largos años contra la voluntad popular. Los favoritos del régimen eran los nuevos acaparadores de las tierras y el clero al amparo de la política de conciliación volvió a detentarlas por interpósitas personas. De esta manera el porfirismo invalidaba la obra patriótica de Juárez minando los cimientos de la Reforma que son los fundamentos de nuestra propia historia. Su consecuencia fué inevitablemente la revolución que no derrotó sino a medias a aquel régimen, pues quedaron en pie importantes aspectos del sistema dictatorial. Bajo la dictadura porfirista puede decirse que la revolución vivía en potencia en el pueblo mexicano. Y fueron los pequeños periódicos los abanderados de la idea revolucionaria que por ello eran enconadamente perseguidos, en tanto

que los grandes periódicos defendían los procedimientos dictato-
riales. El régimen porfirista pudo sostenerse largos años por me-
dio del oro extranjero y por medio de la violencia con beneficio pa-
ra intereses extraños y detrimento de los nacionales. Para me-
jor consolidarse, la dictadura se alió primero con el imperialismo
norteamericano y después con el imperialismo inglés, cuando éste entra-
ba en competencia con el norteamericano. Así, el régimen por-
firista quedó prensado entre los dos más grandes imperialismos, su-
friendo las consecuencias el pueblo mexicano a quien se le impo-
nía una paz forzada por medio de las bayonetas en beneficio de
los extranjeros. El pueblo mexicano en su mayor parte vivía en
la ignorancia y la miseria engendradoras de prejuicios y servi-
dumbre. Los defensores del porfirismo en estos tiempos, son de
los mismos que se esforzaron por conseguir que se despoblara el
Estado de Morelos para extinguir el zapatismo que intranquili-
zaba a los latifundistas causantes de la rebelión agraria. El pro-
blema agrario ha revestido siempre carácter fundamental desde
que al quedar después de la dominación española la propiedad de
la tierra en unas cuantas manos, ha causado las mayores desgra-
cias nacionales. Y es por esto que todo movimiento agrario resul-
ta una amenaza para los que tienen privilegios injustos que per-
der, y una esperanza para el pueblo que tiene derechos que rei-
vindicar y que anhela una paz que esté basada en la justicia. No
puede haber liberación integral si no es redimida la tierra que es
la madre nutricia de los pueblos.